

alterándose algun tanto sus nativos caracteres. Ni en los poemas de los *Reyes Mayos*, ni en la *Vida de Sancta Maria Egipciaqua*, obras absolutamente religiosas, ni en la *Crónica ó Leyenda de las Mocedades*, ni en el *Poema del Cid*, ni en los demás primitivos monumentos de nuestra literatura, se encuentra una sola frase que amancille la pureza del dogma, ni que amengüe la integridad de la creencia: por el contrario, en todas partes se muestra exaltado el sentimiento religioso, que con tan vivos colores se refleja despues en las obras de Berceo, haciéndole prorumpir en el siguiente dístico, que encierra el doble dogma del pueblo castellano, tal como lo hemos considerado al trazar los orígenes del arte, que nace y se desarrolla en nuestro suelo:

Un Dios é tres personas, esta es la creencia;
Un regno, un imperio, un rey, una esencia.

La exposicion histórica de estos poemas, comprobará adelante todas nuestras observaciones. No halla por tanto la crítica semejanza alguna entre la poesía provenzal y la castellana, tratada esta cuestión filosóficamente. La primera es incrédula, escandalosa, impía, sarcástica y supersticiosa al mismo tiempo: la segunda es esencialmente religiosa, teniendo por base y norte de sus aspiraciones la fé, y llegando en su exaltacion á revestir las potestades de la tierra de tan profundo respeto, que las levanta á veces á las regiones de la idealidad y de la religion, en vez de hundirlas en el cieno de la flaqueza humana. De esta diferencia capital entre una y otra poesía, resulta naturalmente la distinta manera de considerar el amor uno y otro arte: la galanteria de los provenzales, como hemos indicado ya, sobre ser una exajeracion inverosímil del sentimiento, no se libra de la liviandad ni de la licencia: el amor de los primeros poetas castellanos, no es la pasión desenfrenada y fisiológica que todo lo atropella y amancilla: es el respeto, la adhesión profunda hácia el objeto amado, sin que enturbien deseos livianos su candidez y su pureza.

Así que, cuando se ha querido fijar en la provenzal el origen de la poesía española, [se ha perdido lastimosamente de vista el genio particular de cada literatura; error de que ha procurado apartarse, bien que no por completo, el ya mencionado M. Fau-

riel, cuando escribe: «Entre los antiguos monumentos de la »poesía castellana nada hay que pueda ser considerado como imi- »tacion, ni aun vaga, de la poesía amorosa de los trovadores. »Diríase que los nobles castellanos, graves como lo eran natural- »mente, y siempre en guerra con los mahometanos, tuvieron en »poco todas aquellas refinadas convenciones, de que los proven- »zales habian recargado el amor. Cualquiera que sea la causa, »ya el carácter nacional, ya las circunstancias especiales de su »estado social y político, no se inclinó entre ellos la caballeria á »la galanteria sistemática del mediodia de Francia. Continuó »siendo lo que habia sido al principio; religiosa y guerrera»¹. Estas observaciones, que no vacilamos en calificar de exactas, y que no pueden ser sospechosas para los partidarios de la omnimoda influencia provenzal, justifican nuestros estudios y prueban que, planteada una vez la cuestión en el terreno de la filosofía, no es fácil seguir la vulgar opinion, sin correr plaza de interesados y parciales.

IV.

Veamos si en la cuestión de forma, es decir, respecto de las relaciones artísticas de una y otra poesía, se ha procedido con mayor acuerdo.—Cualquiera que haya examinado con madurez los primitivos monumentos del arte provenzal y los del castellano, comprenderá fácilmente cuánto se aventuró don Leandro Fernandez Moratin, cuando al determinar los orígenes de la poesía española, asentaba: «Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua, imitando á los provenzales y adoptando la medida y »colocacion de sus versos»². Sin duda no quiso aludir á los primeros tiempos de la poesía castellana, pues que pocas líneas antes habia reconocido en esta una edad anterior á la imitacion provenzal, edad en que tuvo aquella por norte y modelo el arte latino eclesiástico. Pero formulada semejante aseveracion en términos tan absolutos, ha bastado para fomentar la vulgar creen-

¹ *Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. II.

² *Orígenes del Teatro Español*, nota 6.

cia, extraviando más de lo justo la opinión de los que se precian de entendidos; y esta circunstancia nos obliga á detenernos tal vez más de lo que deseáramos en punto no desprovisto á la verdad de interés para nuestra historia literaria.

La primera observacion que se ocurre al fijar la vista en la poética de los trovadores, se refiere á la investigacion de sus orígenes. ¿De dónde tomaron el *metro* y la *rima*? ¿Debieron estos elementos artísticos á los árabes, los inventaron ellos, ó los heredaron de la literatura latina? Críticos hay que afirman «no haber debido nada los provenzales á las lecciones y ejemplo de los antiguos», fundándose en que «á pesar de encontrarse en sus poesías frecuentes alusiones é imitaciones numerosas que prueban de un modo incontestable que no les eran del todo desconocidas las obras maestras de las literaturas latina y griega, no tenían el gusto depurado y ejercitado para admirar con utilidad y reproducir con talento las bellezas de los clásicos griegos y latinos»¹. Apuntan otros, enredados en el laberinto de las influencias literarias, «que traducidos al árabe los himnos de la Iglesia mozárabe española, se reprodujo algunas veces en esta versión hasta la forma métrica, que pudo ser fácilmente trasportada por los poetas arábigo-andaluces á sus composiciones profanas, y particularmente á sus cantos amorosos»².

De estas dos opiniones, que son las más favorecidas entre los escritores franceses, se deduce que unos tienen por originales los *metros* y las *rimas* de los trovadores, mientras otros los traen irremisiblemente de los árabes. Mas ni podemos admitir la primera opinión, por hallarse en desacuerdo con la historia, ni menos conformarnos con la segunda, por ser contraria á la historia y á la razón juntamente. Contra esa absoluta originalidad deponen las mismas obras poéticas de los provenzales, en que demás de las frecuentes alusiones, se descubren las huellas del arte latino, bien que degenerado ya y transformado, conforme habia sucedido en nuestra Península: contra la imitación arábica militan los siguientes hechos, fuera de la puerilidad de esta ficción peregrina:

¹ Raynouard, *Des troubadours*, pág. II.

² Fauriel, *Hist. de la poes. provenç.* tomo III, cap. XXXIX.

1.º Que los himnos de la liturgia mozárabe no se tradujeron nunca á la lengua sarracena, conservando constantemente su forma primitiva, según dejamos comprobado hasta la evidencia¹:
2.º Que así en el mediodía de Francia (*Gallia Gothica*) como en las dos Españas eran conocidos y cantados los himnos de la liturgia visigoda (donde existen todo linaje de *metros* y aparecen ya las *rimas* con determinados caracteres) un siglo antes de la invasión mahometana, establecida en todas las iglesias de la monarquía la unidad del canto por disposición del IV concilio toledano, y bajo pena de excomunión á los que se negaran á cantar los mismos himnos²:
3.º Que mucho antes de formarse la lengua provenzal, y en consecuencia antes de producir cantos poéticos, eran numerosísimos, conforme se vé obligado á confesar el mismo Fauriel, los himnos eclesiásticos, «rimados con cierta variedad y artificio», los cuales, como sucedía en España, «se cantaban por clero y pueblo en las solemnidades religiosas.»

Si pues nada puede alegarse contra estos hechos, de los cuales resulta que los provenzales poseían por derecho propio los mismos himnos litúrgicos que conservó fielmente en su cautiverio la Iglesia mozárabe, ¿por qué venir á España para traducirlos á lengua arábica sin perder ápice, y ya trasportada su forma á la poesía de los mahometanos, volver á llevar esta misma forma al suelo, donde podía considerarse como indígena? Esto sería en verdad *noctuas Athenas mittere*, ó *enviar hierro á Vizcaya*, maravillándonos de ver cómo el empeño de sustentar lisonjeras teorías, conduce á los hombres más distinguidos con frecuencia á la contradicción, y no pocas veces al absurdo.

Para nosotros el *metro* y la *rima* de la poesía provenzal tienen el mismo origen que reconoce la española, y con ella todas las poesías que han recibido el nombre de neo-latinas. Sólo de esta manera es posible explicar ese noble parentesco de todas, que tanto ha martirizado á los eruditos, resolviendo al par cuantas dificultades ha sugerido, no tanto lo peregrino del asunto cuanto el afán de decir cosas tan nuevas como inverosímiles. Y todo esto

¹ Caps. X y XII.

² Tomo I, cap. X, é *Ilustraciones*, pág. 488.

sin negar aquellas recíprocas y naturales influencias que trae consigo el progreso mismo de la cultura; las cuales pueden modificar, y alguna vez modifican en efecto, las formas tradicionales del arte, si bien no alcancen nunca á trocar las leyes superiores de cada civilización, como sin razón bastante se pretende.

Hechas ya estas advertencias, no extrañaríamos por cierto hallar verdaderos puntos de contacto entre las formas de la primitiva poesía castellana y de la cultivada por los trovadores durante la primera edad de uno y otro parnaso. Mas para que resalte con mayor fuerza el error de los que sostienen que todas las literaturas modernas deben el nacimiento de sus formas artísticas á los expresados trovadores, sólo existe semejanza respecto de los metros heróicos, tomados directamente en una y otra parte de la poesía latino-eclesiástica ¹, no cultivándose en Castilla durante esa primera edad del arte tradicional y ya escrito los metros líricos, que á tanta perfección llevaron los provenzales. Era en efecto la principal cualidad poética de estos el sentimiento de la armonía; y apoderados de la multitud de *metros* que atesoraban desde muy antiguo los himnos litúrgicos, combináronlos de mil variadas maneras, exornándolos al par de armoniosas *rimas*, todo lo cual llegó á constituir muy luego una poética exteriormente rica, dando en consecuencia inusitado vuelo al idioma que le servía de instrumento.

Ni se tenga á maravilla tan prematuro desarrollo, que llevaba en su misma precocidad los gérmenes de próxima decadencia. «En Langüedoc (escribe un crítico de nuestros días) no cultivaban solamente la poesía los cantores del vulgo y los juglares:

¹ - El entendido Mr. Damás-Hinard, tantas veces citado, quiere sin embargo probar que el pentámetro castellano se deriva del franco-provenzal, haciendo ya una la poesía ultramontana. No nos toca en verdad combatir la última pretensión, que negarán sin duda los discípulos de Fauriel: respecto de la primera nos remitimos á los estudios hasta aquí realizados, que bastan en nuestro juicio á destruir la expresada teoría. Añadiremos aquí únicamente que el mismo Fauriel se vió forzado á confesar que los primeros versos provenzales «fueron medidos y cortados sobre el patrón de los versos eclesiásticos, rimados y acentuados» (*Histoire de la poésie provençale*, tomo III, capítulo XL).

»formóse allí por el contrario desde muy temprano una escuela »de poetas de córte; escuela que era exclusivamente lírica y artística. Añádase á esto que los más altos varones y las damas »de más elevada alcurnia profesaban grande amor á la poesía, y »se explicará por qué los trovadores dejaron tan atrás, en todo »lo que concierne á la corrección y elegancia de la forma, á todos sus coetáneos, de cualquier pueblo romano [neo-latino] que »fuesen» ¹.

Viéronse así ensayar durante el siglo XII todas las combinaciones métricas desde los versos de dos hasta los de doce sílabas, insistiendo principalmente en los de once ²; y apareciendo las rimas ya pareadas ó cruzadas, ya á menudo enlazadas de unas en otras estrofas, formaron un encadenamiento fastuoso, que tenía por único objeto sorprender y cautivar el oído. Constaban semejantes estanzas desde cuatro hasta veintiocho ó veintinueve versos, admitiendo generalmente diversidad de metros; y cuando se empleaba uno solo en cada estrofa, pasaban pocas veces de diez piés, siendo estos precisamente de cinco á doce sílabas. El conjunto de estrofas, en mayor ó menor número, caracterizaba los diferentes géneros de composiciones, cuya curiosa nomenclatura debemos á la exquisita diligencia de Raynouard, si bien ya antes habían procurado otros críticos ilustrar esta parte de la poética de los

¹ Dozy, *Recherches*, pág. 612.

² Al hablar de los metros lemosines, dice el autor de los *Orígenes de la poesía castellana*: «El verso endecasílabo era el que ordinariamente usaban los provenzales». Ahora bien: siendo exacta hasta cierto punto la observación de Velazquez, á quien citaba Moratin al asentar que los castellanos tomaron de la poética lemosina *la medida y colocación de los versos*, ¿por qué no vió que caminaba al error, apartándose de ella?... Á la verdad no sabemos cómo persona de tanta erudición y talento perdió de vista el peligro que había en expresarse en tales términos, ni logramos tampoco explicar cómo aseguró que guardaban nuestros antiguos rimos *la misma colocación* que los provenzales; asertos ambos desmentidos por la autoridad que el mismo Moratin invoca, y más terminante y exactamente por los hechos, aun respecto de los endecasílabos, pues que á pesar de los ensayos del Rey Sabio, de su sobrino don Juan Manuel, de Imperial, de Perez de Guzman y del Marqués de Santillana, no se aclimataron en España hasta la época de Garcilaso (Véase la *Ilustración III.ª*, pág. 456).

trovadores ¹. Las canciones y las baladas, los sonetos, las albas y serenas, los rondeles, los discordes, las sextinas, las tensiones ó requēstas, los cuentos ó novelas, las pastorelas y los sirventesios, etc... hé aquí el vario conjunto de composiciones usadas por los provenzales desde Guillermo IX hasta Giraldo Riquier, y destinadas cada cual á expresar un orden de afectos distintos. Era la cancion (cansó) la obra por excelencia de los trovadores, equivalente por su generalidad é importancia á la antigua oda de griegos y latinos; glosábase en la *balada* un pensamiento ligero y agradable; acompañábase el *soneto* de armónicos instrumentos, empleándose para cantar determinados asuntos; servían el *alba* y la *serena* para saludar la venida del nuevo día ó despedir sus últimos crepúsculos; obedecía el *rondel*, armado de artificiosas rimas, á la necesidad de consignar un pensamiento pasajero; era la *sextina*, dada á asuntos más graves, el martirio de los versificadores; prestábase la *tensó* á toda lucha poética, tomando á veces la forma del diálogo; revestíase con frecuencia el *cuento* ó la *novela* de la alegoría; recordaba la *pastorela* los idilios de la antigüedad, más bien por su objeto que por su forma; y empleábase finalmente el *sirventesio*, ya en celebrar las proezas de los caballeros, ya en satirizar de la manera que dejamos notado, las costumbres, los sentimientos y las creencias ².

Revestida de tantas y tales preseas métricas la poesía lírica de los provenzales, ostentábalas pues en aquel mundo facticio de las córtés de amor y de los castillos feudales, como ostentan las plantas, nacidas en caldeadas estufas y criadas bajo el influjo de una atmósfera artificial, sus bellos y variados colores: mas desarrollados con tan extraordinaria rapidez los gérmenes de su existencia, agotaba en un solo día toda su vitalidad, expuesta, como las mencionadas flores, á morir abrasada por el mismo fuego á que debía su nacimiento, ó á perecer acaso al primer soplo del venda-

¹ Ging., *Hist. litt. d'Italie*, tomo I, sec. II, cap. V.

² Para formar idea de la riqueza artística de la poesía provenzal, ora respecto de los metros, ora de las rimas, basta examinar con algun detenimiento la ya citada coleccion de Mr. de Raynouard, donde se hallan clasificadas las composiciones poéticas por géneros.

bal, cuando parecía sonreírle porvenir más duradero. Tal vino á suceder por desgracia, al levantarse sobre el suelo de Provenza la tempestad provocada por los albigenses; tempestad que interrumpiendo el concierto poético de los trovadores, disipaba aquella sociedad, donde el *Código de Amor* había logrado tanta fortuna, hiriendo de muerte el arte cultivado en su seno.

No puede la poesía castellana, bajo el punto de vista de las formas, competir con esta riqueza, considerada desde sus primeros albores hasta la época de don Alfonso el Sabio, á quien Giraldo Riquier dirige la *Supplicatio* tantas veces mencionada. La metrificacion castellana se halla en completa armonia con la esencia del arte, á que sirve de instrumento: no hubo, no pudo haber en Castilla, ni en otra parte de la España central, aquella sociedad de gente discreta, que se dedicó en las comarcas del Langüedoc al cultivo de la poesía lírica, precipitando con sus lides amorosas el artificial desarrollo de la provenzal ó lemosina. Eran las musas castellanas graves y severas, como el carácter y las costumbres de nuestros mayores; y apoyadas exclusivamente en el sentimiento patriótico y en el sentimiento religioso, tuvieron por norte único de sus primitivos cantares, segun ya hemos repetido, la religion y la guerra. Así, mientras al estudiar detenidamente la poética interior del arte castellano, encontramos grandes tesoros de ternura, de generosidad y de amor, reflejando de lleno la heroicidad de aquellos lejanos siglos, luego que fijamos la vista en la poética exterior para apreciar el valor artístico de sus formas, reconocemos en su ingénua rudeza y en su lento desarrollo, que siendo la idea muy superior á los medios de expresion, sólo debía fiarse á los siglos el sucesivo perfeccionamiento de los mismos. No de otra forma nacia, crecía é iba robusteciéndose en sus formas el arte castellano, semejante á las vividoras encinas que brotando en medio de los valles, han menester de largas edades para levantar á las nubes su cabeza, á despecho de cierzos y de aquilones.

Quedan comprobados todos estos asertos en las *Ilustraciones* III.^a y IV.^a, donde hemos atendido al estudio de los elementos artísticos de la poesía española, ora con relacion á los doctos, ora á los populares. Los *metros* y las *rimas* de los primeros poemas

escritos en las comarcas que hablan el romance castellano, sin otro objeto que el de satisfacer la necesidad del canto ó de la recitación musical, heredada sin duda de las *prosas litúrgicas*¹, no ofrecen pues esa variedad de combinaciones, enlaces y cruzamientos que tanto nos sorprenden al examinar la poesía lírica de los provenzales. Ni aun cuando, ya en brazos de Berceo, aparece erudita, se desvanece la castellana en el maravilloso laberinto de *metros, rimas y estrofas*, de que hace aquella ostentosa gala. Sólo se fija entonces, según notamos en otro lugar, en grupos de cuatro, y muy rara vez de cinco versos, rimados en un mismo consonante, y compuestos de catorce sílabas; forma que desdijeron los trovadores como indigna de su refinada cultura, y que sólo conservó en Provenza el imperio de la epopeya, fiel como en Castilla, á sus orígenes latinos.

Dicho hemos también que fueron los versos pentámetros ó de *gran maestría* casi exclusivos entre nuestros poetas eruditos, hasta que ensayó el Rey Sabio todas las combinaciones imaginables, desde los versos de seis hasta los de diez y siete sílabas, dando á la versificación inusitado ensanche; y con observar de nuevo que sólo se refiere el presente estudio á estas dos primeras épocas de nuestra literatura, nos parece dejar demostrado que no se descubre vestigio alguno en la poesía escrita de los castellanos, por donde pueda admitirse el aserto de los que, por no haber comparado los monumentos, y fiados de la autoridad mal comprendida de Moratin, se han dejado llevar entre nosotros de los errores entronizados en el siglo anterior; errores que deben ir desapareciendo de la historia literaria, si ha de producir la crítica el deseado fruto.

Pero si, apartando la vista de la poesía erudita, única en que

¹ Conveniente juzgamos indicar que las *prosas litúrgicas* insistieron generalmente en una misma asonancia ó consonancia (véase el ejemplo de la página 432, nota 1, que es extensivo á toda aquella y otras peregrinas composiciones litúrgicas), lo cual nos advierte la senda por donde el *monorrimo* se deriva y propaga á las poesías vulgares, contradiciendo decisivamente la teoría de los arabistas, que aun en esta parte tan popular y espontánea han pretendido hacernos imitadores (Fauriel, tomo III, cap. XXXIX, pág. 255).

pudo haberse reflejado cierta influencia extraña, la fijamos en la tradicional, nacida y criada entre la muchedumbre, no acertamos á comprender cómo por el mero hecho de ostentar los *romances* populares la forma narrativa, se ha intentado por un respetable historiador de nuestros días sujetarlos á la pretendida influencia de los provenzales, después de confesar que no se reconocía esta en nuestros primeros monumentos escritos. «No adoptó (decía Fauriel, hablando de la poesía castellana) los cantos de amor de la provenzal, sino las relaciones heroicas, las leyendas, las epopeyas romancescas, en las cuales habia celebrado esta poesía las guerras de los cristianos contra los infieles, y las peligrosas aventuras, voluntariamente acometidas. Y todavía no adoptó la imaginación castellana aquellas narraciones en su forma original ni por entero: cortándolas y dividiéndolas, desgajó de ellas las partes más de bulto para formar cantos populares, bastante breves en general, á fin de que fuesen cantados de una tirada; en una palabra, los *romances*, como fueron apellidados desde luego y como son llamados hoy día»¹. Prescindiendo de esta última indicación, que hemos rectificado antes de ahora², y notando de paso que la declaración de Fauriel anularía, á ser admisible, la teoría de los arabistas relativa á los orígenes del *metro* y *rima* de los *romances*, lícito nos parece apuntar que la opinión indicada proviene de no haber estudiado con la madurez necesaria la historia de nuestra literatura. Á preceder el examen cronológico de las diferentes edades de la poesía española, habria sin duda comprendido crítico de tan señalado talento que no llega á sazón la influencia caballeresca en ninguno de los géneros literarios, cultivados en nuestro suelo, sino al mediar el siglo XIV³. Cuando esto sucede, no solamente llevaba la poesía popular largas edades de existencia, sino que asimilada primero á la erudita y divorciada después de esta, habia representado con su verdadero y propio colorido aquella civilización enérgica y viril que le prestó

¹ *Hist. de la poes. provenç.*, tomo I, cap. II, pág. 33.

² *Ilustración* IV, págs. 473 y sigs.

³ Véase la *Ilustración* IV, y en su lugar el cap. I del II subeiclo de nuestra II.^a Parte.

su aliento. ¿Ni qué necesidad tenía de buscar en extraños países fingidos héroes, el pueblo, cuyos anales enriquecían los nombres de Bernardo del Carpio y del Cid, con las maravillosas proezas de Fernan Gonzalez, y las interesantes aventuras de los Infantes de Lara?... El insistir en este punto, sobre ofender el buen sentido de los lectores, daría demasiada importancia á una opinion, hija más bien del compromiso en que se puso Fauriel, al proclamar la influencia omnimoda de los provenzales sobre todas las poesías modernas, que de profundo y sazonado estudio. Las formas exteriores de los *romances* tienen en el suelo español y dentro de la sociedad cristiana legítimas fuentes; y nadie habrá que reconocidos los títulos, en que esa legitimidad se funda, pueda negarles la originalidad que, hablando siempre en el sentido tradicional, los distingue y avalora.

V.

Acabamos de examinar bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas esta importante cuestión, que ofrece tanto más vivo interés, cuanto mayor ha sido la facilidad con que se han admitido los errores, cundiendo de un modo inexplicable aun entre los críticos de más justa nombradía, y es más decidido aun el empeño de hacer la civilización española en todos conceptos derivada é hija de sus hermanas, las demás civilizaciones meridionales. En la cuestión histórica hemos probado con auténticos é irrefragables testimonios que la poesía castellana puede rivalizar, cuando menos, en antigüedad con la poesía de los trovadores: en la filosófica, que siendo absolutamente diversos los fundamentos de una y otra literatura, no fué humanamente posible que la provenzal diese nacimiento á la castellana: en la artística no puede quedar ningún género de duda de que, aun reconocida la misma identidad de orígenes en la literatura latino-eclésiástica, son de todo punto distintos los medios de expresión, de que una y otra poesía se valen, conforme á sus fines particulares y á la índole especial de cada una de ellas, durante los siglos XII y XIII.

Si, pues, en ninguno de estos terrenos puede sustentarse con esperanza de buen éxito la opinión que combatimos, ¿en qué clase

de hechos podríamos fundarnos para resolver, sin escrúpulo alguno, que debemos á los trovadores provenzales el precioso don de nuestra poesía?... ¿Por qué el injustificable empeño de hacer pedisécuo y tributario desde su cuna un arte, que nace al grito de libertad é independencia, para santificar á un tiempo el triunfo de la religión y de la patria?... La causa de semejantes contradicciones (sentiríamos equivocarnos) reconoce tres distintas fuentes, á saber: primera, el exclusivismo é intolerancia de las escuelas literarias: segunda, la excesiva autoridad que ciertos nombres han ejercido en el campo de la crítica, siendo hasta nuestros días verdadera rémora de todo estudio, capaz de menoscabar su absoluto imperio; y tercera, ya en la edad presente el anhelo de singularizarse en el cultivo de la crítica, descubriendo nuevas sendas á la investigación, ó cediendo más de lo justo al impulso de un exajerado patriotismo.

Quede, pues, asentado en vista de cuanto la filosofía y la historia nos enseñan, que la poesía que lleva el nombre de castellana, no reconoce ni en el fondo ni en las formas la influencia provenzal, hasta el memorable reinado de don Alfonso el Sabio; época en que le era dado aspirar á la posesión de extrañas preseas, enriquecida ya por todas partes nuestra cultura con muy peregrinos tesoros.

Pero el exámen y apreciación de todas estas conquistas, entre las cuales habrá de contarse también la de la metrificación provenzal, materia es ya de otro linaje de investigaciones, más propias del siguiente volumen. No dejaremos sin embargo la pluma, sin consignar que de las hechas hasta ahora, no sólo se deduce la legitimidad de los elementos que constituyen la primitiva poética castellana, así interior como exteriormente, sino también la injusticia con que se ha procedido, al hacerla en todas sus edades derivada y tornadiza.